

DE FERNANDO DE LA VEGA

SAN PEDRO CLAVER, HOMBRE - ESTADO

La historia está hecha de contrastes y sorpresas. Los ejemplos varios que abundan en ella, las distintas posiciones que campean en su lienzo vastísimo, obedecen casi siempre a un mismo impulso vital y a una fuerza única, compleja y magnífica. Por eso ha dicho Castelar, con frase reverberante, que “el gran protagonista de la historia es el espíritu”.

Esta breve reflexión se me sale del magín, cada vez que hojeo de paso los muchos episodios que esmaltan la existencia de San Pedro Claver. Es hijo de su época por la fuerza acumulada que arrastra, desde la raíz de su destino, y en su época hay que colocarle para verle mejor. El siglo XVI fue una era de tormenta, que venía del Renacimiento, atosigada por aquel arranque de las individualidades robustas, marcada con sello personal y bravío. El aspecto que presenta y el panorama que desenvuelve hallan su explicación natural en el mismo ardor de las ideas que los había producido. La edad media fue un ciclo, digámoslo así, achatado, regido todo por un nivel común, en que la inspiración propia, el relieve singular, quedaban ahogados y sustituidos por la suprema norma de la Iglesia. La Reforma, el movimiento renacentista trajeron la discordia, la lucha, el fraccionamiento de la conciencia colectiva. Ante el choque másculo, entre aquellas dos corrientes encontradas, debían precisarse y definirse del todo las almas originales y vigorosas. Por ello se observa un centelleo más vivo de la personalidad humana, y emergen con mayor imperio los atributos intrínsecos del yo.

España, la soberbia España de esa centuria, es almácigo y venero de las energías de nuestra raza. Dueña de los destinos políticos de Europa, centro de un poderío que no ha visto par en el mundo, ambiciosa de influencias universales, allá van sus tercios a pelear con heroísmo en tierras de Italia. Es maestra y educadora; impone su ley y ejerce su voluntad. Católica hasta el fanatismo visionaria hasta el embeleco, surcan el océano sus carabelas para arrancarle al misterio de las aguas una nueva Atlántida, que no conocieron las gentes de la vieja civilización. Domeñadora de mares y territorios, acá nos envía a sus capitanes indomables, a sus Corteses y Pizarros, a sus Valdivias y Almagros, a toda aquella legión de varones que parecen definir otro tipo de humanidad. Misionera por

temperamento, trashumante en virtud de su índole belicosa, también reparte sobre el continente niño, en un afán de dominio espiritual, a los soldados que han de clavar la cruz en el corazón de muchedumbres aletargadas e irredentas. Así surge el misionero, el evangelista, desde el padre Las Casas, sustentáculo y consuelo del indio, hasta San Pedro Claver, abrigo, bálsamo y redención de los negros.

Era igual el ánimo que empujaba a unos y a otros. San Pedro Claver semeja un conquistador de una estirpe más alta, enderezado a una empresa de mayores perspectivas; pero, en el fondo, lucía un coraje análogo y destellaba con la misma intensidad. Y si Pizarro conquista lueños tierras, que han de sentirse irfluidas por la ley material de los cambios sociales, San Pedro Claver se da prisa a someter el reino de las almas con arreos de lucha que servirán para ablandar y enternecer, para abrir el surco donde caigan las semillas del sentimiento. Si Cortés derrama la sangre y establece el estandarte de Castilla en comarcas que rehusarán más tarde la génesis de una soberanía remota, San Pedro Claver verterá el agua bautismal sobre la cabeza de los que nunca negarán el origen de su nuevo destino.

San Pedro Claver es la colonia, representa en su vida alargada de 1615 a 1654, en Cartagena, el imperio de un régimen político que prolongaba el espíritu medioeval en su aspecto menos plausible ni halagüeño. Como observa muy bien el duque de Maura, el medioevo se extendió en España hasta el siglo XVII; con mayor razón en sus colonias, a donde no llegaba la impaciencia del movimiento renacentista, sino lánguida y mortecina, como la luz del sol a través de las vidrieras de las catedrales góticas. No entremos por el bosquejo apretado que tejen algunos biógrafos de la milagrería de su existencia, adecuada para encandecer los sueños infantiles, como las páginas de un santoral; bástenos tan solo, y ello valdrá como el mejor recurso, con referirnos a sus actos lógicos y naturalmente humanos. La sola enunciación de ellos equivale a un poema que inspirara el numen divino.

La España dura de los Felipes no vio nunca brotar de su seno un ánimo más límpida ni una voluntad mejor dispuesta. Aquí viene el contraste. Junto a la despotía del inquisidor, bajo la regla civil de un monarca omnímodo, se fragua una conciencia purísima, y resplandece una antorcha inmaculada en la entraña férrea de una sociedad oscura.

El misticismo español ofrece un carácter distinto del que la mente del vulgo asigna a su propia esencia. No encalla aquel en las breñas de una actitud contemplativa; no se detiene tan solo en el éxtasis vidente, ni busca como alimento el aceite de la maceración ni el halago del cilicio. Va más lejos aún: pasa por el rellano de la penitencia y se expande en oleadas de vida activa y gestión trascendental. San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Ávila encarnan ese ejemplar complejo de la raza española. De las delicias celestes en que se entretiene el uno en la "Subida al Monte Carmelo", se encamina a la organización, fomento y prosperidad de las órdenes descalzas. Santa Teresa se huela en el relato de sus travesuras moceriles, para salud y edificación de sus educandas, y recorre a un mismo tiempo el terreno asolado de Castilla para imprimir brío diligente a los conventos de su dependencia. Y de los ardores, de la esplen-

didez de su "castillo interior", se desprende azacanada para cumplir encargos de severa guisa. En todo muestra el misticismo castellano su dúplice, su rica levadura. "¡Qué distancia del ascetismo de San Francisco de Sales! En el conjunto de preceptos que éste da para gabela al cuerpo, solo se alcanza a percibir las reglas urbanas que cualquiera observaría, sin quemarse en la hornaza mística ni en los fulgores de la intuición divina.

No nos queda del santo una iconografía lo bastante completa para figurárnosle tal como fue; pero mirando a la región de su cuna, al grupo religioso en que estuvo afiliado, le contemplamos en franca e inconfundible postura; los ojos hundidos allá en sus cuencas penumbrosas, que a tal término llegaron por el ayuno y la vigilia; ojos adormitados a fuerza de plegarse para evadir el espectáculo de las luchas morales de su tiempo; los labios exangües, sacudidos por la plegaria; fileña, aguda la nariz como de quien presiente lejanos aromas de eternidad; el color mate, no rizado por la caricia del sol; huesudas las manos, el continente fibroso de esparto, al que no sacuden las inclemencias de la naturaleza, pero tampoco halagan las variaciones isócronas que ella procura en una rotación infatigable.

Del poema de su vivir emanan para nosotros muchas enseñanzas. El numen poético descubrirá ahí grueso filón de motivos para el canto; el espíritu religioso le consagrará siempre como emblema de lo que vale su doctrina e importa su ejercicio. Para las pupilas de la vieja devota, cominera y esquivia, se ofrecerá el santo en los retablos de la ermita, rodeado de resplandores, en unciosa compostura de reflexión y de esperanza. Esos son los adornos que la leyenda noble pone al canto de las vidas milagrosas; hay en ello como un alargamiento de la gratitud que sus contemporáneos no pudieron testificarles, y que la posteridad recoge como un tributo a las virtudes heroicas, no bien aquilatadas en su día.

Mirando a San Pedro con ojos humanos, se presenta como una lección social incomparable. Yo le llamaría el hombre-estado, porque supo llenar cabalmente las funciones que el poder público no quería realizar, y porque reemplazó las deficiencias que sobrenadan en la ley, a pesar de su vana presunción de comprender y generalizar los casos previstos. El hombre-estado, podría titularse quien se afanó por que no se hicieran sentir en toda su llaneza las mezquindades que origina la diferencia de clases. Si el estado limita, cohonesto y recorta por razón de carácter, San Pedro Claver sustituyó a esa entidad en el diario funcionamiento de su iniciativa. Un negro africano, enlazado como fiera en la caldeada costa, padece de un mal que no alcanza a atemperar el orden político de su época... pues ahí está San Pedro pronto a socorrerle, en una ofrenda de cristiana misericordia! Un mísero esclavo yace en las redes de su ignorancia, e implora un poco de lumbre para las tinieblas de su mente, y San Pedro se allega con su pedernal para sacar chispas en la enmohecida piedra. Una sierva de orgulloso potentado abandona la casa para huir al látigo infamante, y allí es San Pedro su refugio, su consolador, y a veces también, su escudo invulnerable contra una legislación que desterró la dignidad del ser humano, al olvidarse de Cristo. Ni hay labor, por humilde que sea, ni menester, por bajo que lo supongan, que haga mengua a su majestad de vicario del Señor. Preceptúa con el ejemplo, calma las vanidades del

lujo con la pobreza, suaviza el rigor de las costumbres con el óleo de la fraternidad.

Se anticipa San Pedro Claver a la concepción del estado moderno en el feliz alcance que dio, al desarrollo de los deberes sociales. Demócrata por amor a la justicia, se acercó a los intereses del pueblo por la vía del corazón; y personero de un ministerio sagrado, no le inquietaron las suntuosas apariencias que embriagan de soberbia a los favorecidos por la ceguez del azar o la fortuna. Ah, San Pedro, pontífice y coadyutor de una perfecta democracia! Esta no deberá regirse nunca por los dictados del poder material, cuando lo sostienen únicamente las ventajas de un éxito estólido y turbador, ni irse a la bajamar de los apetitos, coreados por la envidia, para herir la virtud del ánimo, o el galardón inmarcesible que la Providencia colocó en la sien de sus escogidos. El alma de la democracia reposa en la equidad, y contrarresto suyo no puede ser la codicia del encumbrado, pero ni la insolencia de los ineptos.

* * *

¿Qué acontece con cierto género de hombres, cuya huella perdura y se dilata sin cesar? Parece que no se agotara nunca el undoso caudal de su memoria. Aunque la tradición se haya apoderado de ellos, y la patraña popular haya cosido inconsútil velo a los actos de su vida, todavía irradia más el fondo severo e invariable de la verdad. Todavía aparece incompleto el homenaje que los años postreros dedican a su recuerdo; todavía existe en ellos mucho tesoro virgen de enseñanza, que no se ha aprovechado ni reducido a la práctica ni al ejemplo. Eso demuestra que aún tienen que adoctrinar. Tal ocurre con San Pedro Claver.

¡Incomparable aureola la que envuelve la figura vaporosa de este santo! Invade él por sí solo los anchos dominios de la realidad y la leyenda; sirve para que se ciña uno al precepto efectivo y para que se caliente en el rescoldo del ensueño poético, de esa romántica perspectiva que llena de reflejos de oro el paisaje austero de toda existencia dramática. San Pedro Claver, en su riqueza legendaria, busca aquellos contornos que no medran al cobijo de ninguna creencia particular ni se someten de grado al humor antojadizo de las sectas. Está por sobre todas. Y si algún día el escepticismo mundano intenta andarse a gatas y a solapo para corroer los pliegues de un manto que ha tejido la veneración de sesenta lustros, se asombrará de su audacia cuando vea que para las dolencias morales de la sociedad contemporánea —el egoísmo, la avaricia, la vanidad intensa— no habrá jamás mejor receta que esa que aplicó con tanto brío y con desvelo tan dulce, San Pedro Claver, el hombre-estado.